

#### 4. LA EXPLORACION DE ESTANISLAO ZEBALLOS

Pocos meses después de ocurridos los sucesos de la conquista, Estanislao Zeballos realizó una exploración de la región. Dice al respecto Andrés Allende<sup>11</sup> que “cuando a principios de 1879 los coroneles Nicolás Levalle y Conrado E. Villegas partieron de Buenos Aires hacia sus acantonamientos fronterizos para encabezar la marcha de sus tropas a la expedición al desierto, Zeballos les había prometido visitarlos en sus campamentos avanzados y obtenido de ambos jefes la promesa de su más decidida colaboración”.

“Proponíase el distinguido escritor y hombre de ciencia llegar al corazón mismo del vasto territorio cuya conquista se emprendía, estudiar el relieve (...), determinar la naturaleza y composición de sus suelos, levantar su carta geográfica y realizar observaciones meteorológicas que permitieran conocer su clima (...). Movíale, aparte de su innata curiosidad científica e innegable espíritu de aventuras, un propósito trascendente: escribir un libro para dar a conocer en él, a argentinos y extranjeros, las vastas regiones que el ejército nacional acababa de arrebatarse al dominio del indígena; determinar sus recursos naturales y las posibilidades que su suelo ofrecía, a la inmigración; interesar a los jóvenes argentinos en el estudio y conocimiento de su propio país, como medio de trazar un nuevo y útil rumbo a su actividad intelectual”.

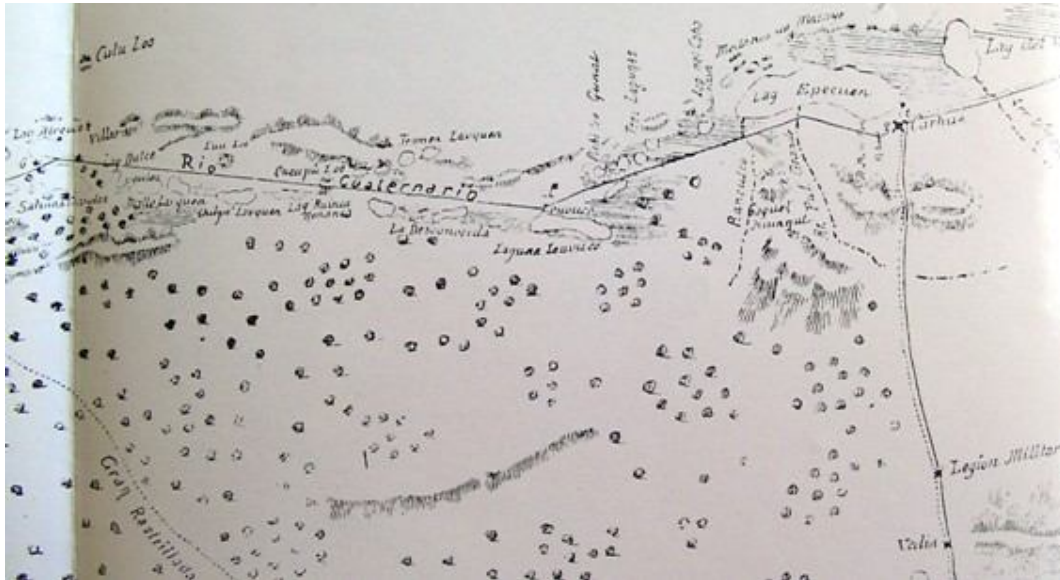
Zeballos partió de Buenos Aires el 17 de Noviembre de 1880, acompañado de su hermano, el teniente Federico Zeballos y por el joven fotógrafo Arturo Mathile quien iba provisto de un equipo fotográfico portátil. En Carhué se le unió una pequeña escolta, facilitada por el coronel Levalle, en la que se destacaba el alférez Olmos quien sería el responsable de hacer las mensuras durante la expedición. Este pequeño grupo rompió la marcha el día 28 de Noviembre de 1880.

La descripción que hace Zeballos de nuestra zona es de gran belleza: “Faldeábamos los médanos, aún a riesgo de no llevar la dirección más corta, porque es imposible caminar entre las arenas sin quedar a pié, y entonces se debe buscar el suelo firme. Los médanos limitan al norte el mismo valle de erosión (...) a lo largo del cual corren análogos bajos, cañadas y lagunas sin límites visibles en dirección del S.O., donde se juntan las aguas derramadas por alturas cercanas y las que deposita la lluvia, formando lagunas saladas, blanquecinas y sin vegetación unas veces, dulces y límpidas otras, cubiertas de un tapiz de verduras, en que sobresalen los juncos, la gramilla, los berros y el duraznillo; receptáculos bienhechores que se suceden caso de legua en legua, en todo el trayecto hasta aquí recorrido.

“Henos aquí ya enfrente de “Malló Lauquén”, “laguna de la greda”. Malló, llaman los araucanos a la tierra rosada cuaternaria, unida a la cal para formar la toba, generalmente blanquecina o rosado amarillosa”.

---

<sup>11</sup> En *Viaje al país de los araucanos*, por Estanislao Zeballos, estudio preliminar de Andrés R. Allende, Ediciones Solar, Buenos Aires, 1994.



Fragmento del plano principal de "Viaje al país de los araucanos" de Estanislao Zeballos

“Hay en el trayecto que acabamos de recorrer hermosos médanos abiertos, con abundantes depósitos de líquidos en sus entrañas, ya visibles, ya próximos a la superficie, en la cual se derraman al herir con el puñal el seno del cono de arena. En el terreno firme, cuando las lagunas son saladas, basta cavar pozos de 1 m. de profundidad para obtener agua potable, lo que explica la gran cantidad de jagüeles abiertos por los indios a lo largo de su secular Rastrillada. Los médanos indican a la vista del viajero la presencia de agua en su seno, porque en el fondo del amplio vaso que forma aquella fecundan la arena ya mezclada con elementos orgánicos, y nace una vegetación tierna dulce, cuyo verdor contrasta agradablemente con el áureo color de las arenas silíceas y de sus plantas peculiares (...)”.

Dice más adelante Zeballos: “He aquí ahora los montes, el freso y la llama, la alegría y la vida; la alegría de la selva poblada de armonías, de brisas suaves y olorosas, de aguas constantemente puras y no tibias desde el mediodía hasta la noche, como las aguas de las fuentes abiertas al rayo luminoso; la vida que palpita en el susurro del follaje, en el quejido de la torcaz, triste moradora de solitarias sombras, en el trino de los pajarillos que saltan de gajo en gajo, en el bramido de las fieras al arrastrarse en acecho a través de la maleza, y en el cotorreo de los loros, infatigables charlatanes de estos montes, cuyas bandas se asientan sobre las últimas ramas del robusto caldén”.

“El valle, seguido hasta Malló Lauquén, corre al sudoeste para echarse a Salinas Grandes, en la forma ya de un arroyo, mientras que avanzando la caravana por los médanos, muy pronto llegamos al borde de una profunda depresión del terreno, tipo verdadero de “olla pampeana”, limitada al norte por dunas empinadas y al sur por colinas cuaternarias, de superficie arenosa, que alimentan bosques de Algarrobo (*Prosopis* sp.); mientras que al sur se divisan las quebradas violentas, y las arboledas tupidas y añosas, que rodean a la laguna principal, que hasta hoy se denomina Salinas Grandes”.

“Parado en el centro de esta preciosa reliquia de hidrografía cuaternaria, el círculo del horizonte se cerraba a todos los vientos, con la silueta de las colinas, de los médanos y de los árboles frondosos. Levántase en el mismo centro un islote, sobre el

cual existe un fortín para refugio de la descubierta de Carhué y corredores de campo que llegan hasta aquí”.

“Al oeste de la olla, al pié de los médanos que lo limitan, se conserva todavía una vasta superficie con agua permanente, a cuyo depósito llaman los indios, como a toda la olla, “Atreucó”, de Atreu, fría y có, agua”.

“El fortín de Atreucó estaba guarnecido por cuarenta soldados a las órdenes del teniente Faustino Bustamante, que hacía de descubierta o vanguardia de la división de Carhué. Este asilo en medio del desierto, la última población civilizada que hallaba a mi paso, es un túmulo de tierra, rodeado de fosos (...). Sobre el túmulo hay una pobrísima choza, donde Bustamante residía, mientras la tropa se albergaba en ramadas a su alrededor. Hacia la falda del islote levantábanse los toldos de los indios de Uñainché, que debía acompañarme tierra adentro. Como el fortín carecía de nombre y se le daba el de la laguna Atreucó, yo lo denominé “Villar”, en honor al coronel jefe del 6º Regimiento de caballería de línea, que lo ha dirigido en la última campaña del desierto”.

Del relato de Zeballos surge que sólo el fortín Atreucó se había conservado, de aquellos que había ordenado construir Nicolás Levalle. No conocemos que sucedió posteriormente con el fortín ni tampoco su ubicación exacta. También rescata Zeballos el topónimo Luú-Loó, que significa “Médano de la Nutria” (Luú: nutria). “Este roedor (*Myopotumus coypus*) es común en todas las lagunas y arroyos barrancosos de las comarcas recorridas”. De aquí recibiría la legua de Rolón su primer nombre, esto es “la legua de la Nutria”.